

género

Y SOCIEDAD

CENTRO DE ESTUDIO DEL GENERO
VOLUMEN 2 • NUMERO 2 • SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1994

APROPIACION Y MALDESARROLLO. ¿NOS DAMOS CUENTA?

Rayén Quiroga Martínez*

Este artículo reflexiona sobre las emociones y la cultura en la construcción de lo humano. Pretende relacionar la cultura patriarcal que recreamos con las falencias del desarrollo humano y ponderar nuestra capacidad de cambio hacia conversaciones neomatristicas como punto de partida para el mejoramiento de la calidad de la vida de mujeres y hombres. Concluye que el vivir patriarcal como un emocionar de negación del otro estimula la obsesión por el crecimiento económico e imposibilita el mejoramiento de la calidad de vida.

This article reflects on emotions and culture in the construction of the human identity. It attempts to relate patriarchal culture's spurious human development while pondering human capacity to change toward a non-hierarchical and cooperative culture as a steppingstone to an improved quality of life for women and men. It concludes that, as a denial of the other, the patriarchal way of life encourages a preoccupation with economic growth and impairs the achievement of an improved quality of life.

*Economista, trabaja los temas de desarrollo, ecología y género.

...pienso que el conflicto entre el bien y el mal que ha dado origen a tantos mitos en la historia de nuestra cultura, no es propio de nuestra animalidad, y tampoco lo es de nuestra condición humana, sino que corresponde a un aspecto de la historia de la humanidad que surge con la cultura patriarcal indo-europea y que en tanto se hace manera cotidiana de vivir, tarde o temprano nos enajena de nuestra condición humana de seres hijos del amor.

Humberto Maturana.

Toda acción humana es producida por el emocionar que entrelaza nuestra biología y cultura

Tanto en el paradigma científico racionalista como en nuestro quehacer cotidiano de humanos, creemos que lo racional tiene un fundamento trascendental que le da validez universal independientemente de lo que nosotros hacemos como personas (a lo que Maturana llama "objetivación"). Pero suponiendo que fuese posible, voluntariamente, alejarnos como observadores (sujetos científicos y objetivos) de la realidad que observamos (objeto científico independiente de quien observa) para aplicar las enseñanzas de Descartes, suponiendo que pudiésemos desprendernos de nuestra integralidad humana y quedarnos sólo con lo racional despojado de toda emoción, en tal caso los científicos no seríamos más creíbles, certeros u objetivos, seríamos simplemente esquizofrénicos (separación persona realidad).

La mayoría de las personas tendemos a pensar que nuestras emociones son resabios de animalidad que nos degradan, que nos disminuyen en cuanto a credibilidad y calidad humana, desestabilizándonos y provocándonos todo tipo de sufrimientos. En coherencia con esta percepción, y dado que nuestra cultura patriarcal permite a las mujeres mayor espacio de vivencia en las emociones, somos como género desvirtuadas y desvalorizadas

en tanto sospechosamente “emocionales” e inentendibles. Por tanto, para mujeres y hombres resulta lógico y conveniente aprender a dominar/esconder estas emociones para que no se noten o arruinen nuestras oportunidades de lograr lo que deseamos en cada momento. La emoción, como algo supuestamente peligroso y vergonzoso, es superada en favor de la razón. Creemos, decimos y queremos que nuestras acciones y opciones estén basadas en la racionalidad. Pero no es así.

...no es la razón lo que nos lleva a la acción sino la emoción. Cada vez que escuchamos a alguien que dice que él o ella es racional y no emocional, podemos escuchar el trasfondo de emoción que está debajo de esa afirmación en términos de un deseo de ser o de obtener. Cada vez que afirmamos tener una dificultad en el hacer, de hecho tenemos una dificultad en el querer que queda oculta por la argumentación sobre el hacer. (Maturana, 1990:21).

Nuestros deseos y preferencias surgen en nosotros en cada instante en el entrelazamiento de nuestra biología y nuestra cultura, determinando en cada instante nuestras acciones [...] Más aún, yo sostengo que, siempre actuamos según nuestros deseos, aún cuando parece a veces que actuamos en contra de algo, o forzados por las circunstancias: siempre hacemos lo que queremos, ya sea directamente porque nos gusta hacer lo que hacemos, o indirectamente porque queremos las consecuencias de nuestras acciones aunque éstas no nos gusten. Y sostengo además, que *si no comprendemos esto, no podemos comprender nuestro ser cultural, porque al no entender que nuestras emociones constituyen y guían nuestras acciones en nuestro vivir, no tenemos elementos conceptuales para entender la participación de nuestras emociones en lo que hacemos como miembros de una cultura, y no comprendemos el curso de nuestras acciones en ella...* (Maturana, 1994:24; subrayado mío).

Observemos el caso de la ciencia, como reducto excelso de la racionalidad objetiva. Los científicos somos constructores de supuestas verdades trascendentes y autocontenidas, capaces de desprendernos de nuestra humanidad en procura de la verdad absoluta. Pero la ciencia, como construcción cognitiva, se realiza en una determinada vivencia cultural, de la cual el científico no puede escapar aún se lo propusiese, y aunque éste no sea consciente de su referente conversacional. Maturana (1990) dice que la ciencia y la validez de las explicaciones científicas no se constituyen ni se fundan en la referencia a una realidad independiente que se pueda controlar, sino en la construcción de un mundo de acciones conmensurable con el vivir.

...son muchas las nociones básicas y principios explicativos distintos que han sido usados en muchas teorías filosóficas diferentes como nociones y principios que se tratan como si revelasen características objetivas innegables de una realidad trascendente más o menos cognoscibles, como si existiesen con independencia de lo que el observador hace, y que son usados como fundamentos para todas las cosas. (Maturana, 1994:57).

Así, es obvio que cada científico, dentro de su dominio de acciones y relaciones con los demás, construye una racionalidad que además de ser lógicamente consistente, se basa finalmente en un acto de fé, de amor o desamor, en una emoción que le hace escoger determinados supuestos, determinada ideología como premisa fundamental (y probablemente implícita) para la construcción de su teoría. En otras palabras, en el vivir de los seres humanos, donde se entrelazan continuamente la biología y la cultura humana, no es posible lo objetivo, la verdad absoluta, la "racionalidad" despojada e independiente de la emoción.

¿Donde se gesta el desarrollo humano?

Aunque en muchos casos resulte una apropiación discursiva del concepto y su significado, es ya casi un lugar común afirmar que el proceso de desarrollo humano debe gestarse de manera "participativa", "desde abajo hacia arriba", como "autogestión", definido y realizado por sus auténticos "protagonistas", a nivel "local", en tanto "empoderamiento". El desarrollo, así planteado, es algo que viene desde fuera, desde el espacio colectivo que se construye en la convivencia social de lo público. Como hemos afirmado antes (Quiroga, 1993), la idea y gestión del desarrollo se construye sistémicamente en tanto unidad estilística que comprende la interrelación de la cultura, la ética, la racionalidad, el sistema económico, las formas de gestión, etc.; por lo que se hace necesario articular los contenidos de dichas instancias en orden a posibilitar el desarrollo humano como mejoramiento sustentable en la calidad de vida de hombres y mujeres de todas las edades.

Pero este enfoque alternativo, si bien necesario, resulta insuficiente en tanto supone implícitamente que el mejoramiento en la calidad de vida de las personas es algo que todos deseamos y sabemos cómo conseguir. Más aún, el desarrollo pensado e intentado desde afuera hacia adentro (casi como por ósmosis) supone que la visión puede ser entendida y asumida por el razonamiento "objetivo" de las comunidades, en tanto éstas se hagan permeables a la invasión de las ideas. Así definido, el desarrollo sería algo aprendible y aplicable en tanto se pudiesen establecer criterios consensuales sobre lo que mejora la calidad de vida.

La experiencia asociada a esta idea de desarrollo por inoculación adolece de serias limitaciones en su puesta en práctica, toda vez que las personas reales no se comprometerían en número y con la fuerza suficiente con los movimientos y proyectos

de cambio macro, sean estos espontáneos o previamente definidos. Un ejemplo típico de esto lo constituye la falta de respuesta de los hombres para hacerse cargo de una parte del trabajo doméstico en la medida en que las mujeres hemos participado progresivamente en el mercado laboral remunerado. La paradoja resultante consiste en que las mujeres hemos ido construyendo un espacio propio en lo público pero los hombres no han hecho lo mismo al interior de la casa.

Los discursos, fundamentaciones y argumentos racionales, por más coherentes, elaborados, lógicos e impecables que puedan ser, sólo convencen a los ya convencidos, sólo son aceptados como explicaciones válidas por las personas que quieren hacerlo, porque estos discursos son congruentes con su emocionar y/o porque justifican/validan/legitiman sus elecciones. Toda racionalidad se articula en premisas iniciales que no se sostienen por sí mismas, sino que dependen de ser elegidas, rechazadas, inventadas o sustituidas por la persona que construye o analiza el discurso racional.

Los que trabajamos en el área de desarrollo hemos fallado en articular la cotidianidad con los proyectos colectivos, la razón con las emociones, la intimidad con lo público. Si nos cuestionamos el fracaso del desarrollo a partir de nuestra concreción de intimidades e historias invisibles, abarcando también las emociones que nos impulsan a la acción, podremos darnos cuenta de que cada uno de nosotros tenemos determinada responsabilidad en la conservación del estilo de vida que hoy recreamos.

Creo que constituye una experiencia común el andar predicando contra el estrés y en pro de la vida, contra el autoritarismo y en pro de la democracia, contra la uniformidad y en pro de la diversidad; al tiempo que en nuestra vida cotidiana nos alejamos bastante, por decir lo menos, de nuestro impecable dis-

curso. Bien valdría en nuestro existir aquello de que se enseña con los hechos y no con las palabras. Propondremos a lo largo de estas líneas que el cambio social ocurre a partir del cambio en el emocionar y de las conductas de las personas.

Maldesarrollo y patriarcado

La paradójica combinación de expansión económica mundial con aumento de la pobreza, crisis ecológica y deterioro de la calidad de la vida es lo que yo endiendo por maldesarrollo, proceso coherente con el constructo patriarcal. El emocionar patriarcal nutre la obsesión por los tamaños y por el crecimiento económico ilimitado hasta el asalto-destrucción de la naturaleza; a fin de cuentas imposibilitando el mejoramiento de la calidad de la vida de las personas. Al centro de este fluir de comportamientos y acciones económicas y públicas se encuentra un soterrado y específico emocionar, una cultura aberrante que nos promete la autodestrucción.

Para Vandana Shiva, quien acuñó el término, maldesarrollo es esencialmente lo que corrientemente se llama desarrollo. El maldesarrollo

rompe la unidad cooperativa de lo masculino y lo femenino y pone al hombre, despojado de principio femenino, por encima de la naturaleza y la mujer separado de ambas. [...] El maldesarrollo es la violación de la integridad de sistemas orgánicos interconectados e interdependientes, que pone en movimiento un proceso de explotación, desigualdad, injusticia y violencia. (1991:28).

Las contradicciones estilísticas del maldesarrollo incluyen no sólo las concreciones históricas referidas al espacio de lo público, como la experiencia del socialismo real (colectivismo

autoritario) o del capitalismo (exclusión sistemática y libertad para algunos) en sus distintas versiones. El maldesarrollo se extiende también a los espacios de la intimidad donde los seres humanos reproducimos tranquilamente el patriarcado al vivirlo naturalmente en inocencia irreflexiva o en un continuo que va desde el inconsciente de negar todo lo que en el espacio público predicamos hasta el darnos cuenta y no saber cómo vivir con nuestras parejas y nuestro/as hijo/as el desarrollo desde dentro.²

Pienso que la recreación del patriarcado, desde la intimidad hasta los más grandes espacios, dificulta enormemente el desarrollo tanto de mujeres como de hombres. Para nuestra infelicidad, el patriarcado permea de manera casi total la red de emociones y acciones que generamos los humanos, pudiendo escapar a éste sólo de manera esporádica, parcial, momentánea e incluso fortuita para sentir la plenitud, la confianza y la paz primigenia del vivir matrístico. De hecho, la cultura patriarcal que a diario reproducimos hará incluso imposible la conservación de la especie humana. Pienso, junto a Maturana, que si hemos de sobrevivir y desarrollarnos como especie, tendremos que realizar un esfuerzo deliberado y consistente por cambiar nuestra cotidianidad para recrear una cultura matrística amorosa³ y solidaria.

Realizando un cambio de planos y ejes en la reflexión sobre el impulso original del desarrollo, afirmo que el proceso de mejoramiento sustentable de la calidad de la vida humana supone

²No nos referimos aquí al "desarrollo desde dentro" de un país que elige determinada estrategia de desarrollo económico e inserción internacional, como lo entienden los neoestructuralistas (Sunke, 1991). Por desarrollo desde dentro entiendo un proceso de mejoramiento cualitativo de la vida que comienza en el cambio en el emocionar de la persona humana y que se constituye en nueva cultura desde la intimidad de la relación consigo mismo, y en la convivencia entre dos o más, hasta abarcar los espacios colectivos.

³A lo largo de este artículo la palabra amor se usa en el sentido de Maturana (1990) como la emoción que hace del otro un legítimo otro en la convivencia.

un proceso íntimo de darse cuenta y recrear nuevas relaciones matrísticas nutritivas y sanadoras. Este proceso surge desde el plano más íntimo y particular de la persona consigo misma y sus convivientes en el espacio de lo privado, hasta la comunidad más próxima (vecindario, espacio laboral) y el colectivo social.

Este desarrollo humano constituye una utopía posible, y no una propuesta contra la naturaleza supuestamente egoísta y competitiva de nuestra especie, como veremos a continuación.

La emoción del amor en la hominización

Muchas personas hemos aprendido que de monos pasamos a homo sapiens mediante el desarrollo de las habilidades manuales y del cerebro como resultado de la fabricación y uso de instrumentos de caza y guerra. Después de todo el "hombre" primitivo era cazador, rudo, burdo y guerrero. Pero como veremos a continuación, existen teorías y evidencias científicas suficientemente sólidas para invalidar dichas enseñanzas. En primer lugar, trasladémosnos a tres y medio millones de años atrás:

Nosotros, los seres humanos, tenemos nuestro origen en una línea de primates bípedos que se puede seguir hacia atrás unos tres y medio millones de años. Nuestros ancestros de esa lejana época eran seres que tenían más o menos el tamaño de un niño de ocho años de edad. Caminaban en posición erguida, igual que nosotros, y deben haber tenido tanta capacidad como nosotros para manejar su cuerpo. Su masa cerebral era alrededor de un tercio de la nuestra. Es posible afirmar que vivían en grupos relativamente pequeños de unas 12 a 15 personas, incluyendo adultos, jóvenes y bebés. Estos seres eran recolectores de alimentos: semillas, nueces, raíces. De hecho, comían los mismos granos que ahora cocinamos para comer. [...] El modo de vida propio de nuestros ancestros era, en lo fundamental,

igual al nuestro actual pero sin lenguaje: se vivía en grupos pequeños como familias grandes; se compartían los alimentos; se vivía en la cercanía sensual de la caricia; se vivía en una sexualidad frontal que implicaba el estar cara a cara el uno con el otro en la intimidad de un encuentro personal; y por último; posiblemente, se vivía también en la participación de los machos en la crianza de los niños. (Maturana, 1991:250).

Maturana piensa que el gran desarrollo del cerebro en la hominización se relaciona principalmente con el lenguaje, el que sólo puede surgir en un espacio de intimidad y recurrencias suficientemente fértil. Así se

originó el lenguaje como una manera de vivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, y al originarse, el lenguaje surgió entrelazado con el emocionar constituyendo el conversar, y al originarse el conversar y el vivir en el conversar surgió lo humano. (Maturana, 1991:251).

En el vivir juntos pudo surgir tanto el lenguaje como lo humano, pero más importante aún, ambos procesos lograron recrearse y conservarse intergeneracionalmente.

Maturana no comparte la opinión de que el cerebro humano se haya desarrollado como consecuencia del mejoramiento de la destreza manual asociada a la fabricación y uso de instrumentos:

Me parece más factible que la destreza y sensibilidad manual que nos caracteriza haya surgido en el arte de pelar las pequeñas semillas de las gramíneas de la sabana, y en la participación de la mano en la caricia por su capacidad de amoldarse a cualquier superficie del cuerpo de manera suave y sensual. Sostengo en cambio, que la historia del cerebro humano está relacionada principalmente con el lenguaje. Cuando un gato juega con una pelota, está usando las mismas coordinaciones

musculares que nosotros. Si ustedes tienen algo y se les cae, lo toman en un peloteo que no es diferente al del gato. El mono lo hace con la misma o mayor elegancia que ustedes aunque su mano no pueda extenderse como la nuestra. Lo peculiar humano no está en la manipulación sino en el lenguaje y su entrelazamiento con el emocionar. (Maturana, 1990:18).

El lenguaje, y por tanto lo humano, no hubiese sido posible en ausencia del amor, emoción que constituyó el fundamento de la génesis de lo humano al configurar un dominio operativo coherente con la conservación y desarrollo de la especie:⁴

la emoción fundamental que hace posible la historia de la hominización es el amor. [...] El amor es la emoción que constituye el dominio de conductas donde se da la operabilidad de la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia. (Maturana, 1990:21).

Este modo de convivencia humana, basado en la aceptación de la legitimidad del otro, constituye lo social,

por esto digo que el amor es la emoción que funda lo social; sin aceptación del otro en la convivencia no hay fenómeno social. [...] Sin una historia de interacciones suficientemente recurrentes, envueltas y largas, donde haya aceptación mutua en un espacio abierto a las coordinaciones de acciones, no podemos esperar que surja el lenguaje. Si no hay interacciones en la aceptación mutua, se produce separación o destrucción. En otras palabras, si en la historia de los seres vivos hay algo que no puede surgir en la competencia, eso es el lenguaje. (Maturana, 1990:22).

⁴Igualmente, la vivencia del amor como la emoción que hace del otro un legítimo otro en la convivencia, nos impidió y sigue impidiendo abandonar o exterminar a los congéneres débiles, enfermos o discapacitados.

Las interacciones recurrentes en el amor amplían y estabilizan la convivencia, las interacciones recurrentes en la agresión interfieren y rompen la convivencia. Por esto, el lenguaje como dominio de coordinaciones conductuales consensuales no puede haber surgido en la agresión que restringe la convivencia aunque una vez en el lenguaje podamos usar el lenguaje en la agresión. (Maturana, 1990:21).

Lenguaje, conversaciones y cultura

Pienso que el linaje a que pertenecemos como seres humanos, surgió cuando la práctica de la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales que constituye al lenguajar, comenzó a ser conservada de manera transgeneracional. (Maturana, 1994:21).

Pero ¿qué son el lenguaje y las conversaciones? Para Maturana, el lenguaje no es lo que normalmente entendemos por comunicación, el lenguaje es un fenómeno que nos involucra en tanto somos seres vivos, que se origina en determinado momento de nuestra historia evolutiva y que consiste en un operar recurrente, en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales.⁵

...el lenguaje no es un operar sólo en coordinaciones de acciones, sino que un fluir en la convivencia de modo que lo que resulta son coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. (Maturana, 1991:283).

Para el autor, el lenguaje es un modo de vivir involucrados con otros hasta el punto en que se hacen recurrentes las cadenas

⁵Conductas consensuales: coherencias conductuales que surgen entre seres vivos que viven juntos (en interacciones recurrentes) como resultado de su vivir juntos (Maturana, 1994:165).

infinitas de coordinaciones conductuales consensuales; definición bastante superior a la que presupone el simple acto de transmitir un mensaje desde un emisor hasta un receptor. Veamos un ejemplo del propio autor.

Supongamos que alguien necesita tomar un taxi. Esta persona se encuentra en la calle, y los taxis que van en la dirección en que ella desea ir están todos ocupados, pero pasan algunos desocupados que van en dirección contraria. Al ver esto, esta persona hace dos gestos, uno después del otro. Primero, uno que constituye operacionalmente una llamada de atención. Si el conductor del taxi se fija en la persona, hará un gesto congruente con el primero de ella, y ésta hará un segundo gesto que apunta en la dirección en que quiere ir. El primer gesto coordina a la persona con el conductor del taxi cuando éste responde, y el segundo gesto coordina la conducta de ambos con la primera coordinación. Al completarse el proceso se tienen no dos coordinaciones conductuales sucesivas solamente, sino que una coordinación conductual que coordina otra coordinación conductual. (Maturana, 1991:283).

El lenguaje, y por tanto lo humano, surge del amor. El amor, como dominio donde surge el lenguaje como fluir de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, funda lo humano. En tanto lo que nos constituye como seres humanos es nuestro existir en el conversar, todas las actividades y quehaceres humanos tienen lugar como conversaciones y redes de conversaciones; así cazar, pescar, cuidar niños, venerar, amar, etc., son diferentes clases de conversaciones y consisten como tales en distintas redes de coordinaciones de coordinaciones consensuales de acciones y emociones (Maturana, 1994).

De acuerdo a la visión del autor, el amor es una emoción muy importante en nuestra génesis, como lo es en nuestro devenir histórico y en nuestros sueños de futuro. Quizá sea importante resaltar en este punto lo que con Maturana se entiende por amor.

Es aquella emoción que nos hace ver al otro como un otro tan legítimo como uno mismo en la convivencia social. Esta legitimación del otro no constituye un discurso o una declaración, pues en tanto emoción es una predisposición corporal-psicológica-social que se traduce y refleja en los hechos. El amor no es análogo a la tolerancia, la resistencia, el sacrificio, ni implica someterse obedeciendo incondicional e irreflexivamente a alguien. La práctica del amor supone que en cada persona existe la posibilidad inmensa de ser su propio dueño y desarrollar sus humanas potencialidades de acuerdo a sus preferencias, coincidan éstas o no con nuestros deseos y opciones. Desde una visión amorosa, *valoramos* (más que toleramos) la existencia de muchas verdades, configuraciones existenciales y opciones vitales. Amor es ver al otro no como objeto, instrumento, canal, trampolín, receptáculo, materia, dueño, posesión, proyecto, etc.; sino como una persona que con todos sus saberes, subjetividades y razón constituye un ser legítimo y respetable.

Recapitulando, el amor, como emoción que nos hace ver al otro como un legítimo otro en la convivencia, configuró un espacio suficientemente fértil como para que pudiese surgir el lenguaje y el conversar como fundamentos de lo humano;

el lenguaje como dominio de coordinaciones conductuales consensuales de coordinaciones conductuales consensuales, puede surgir solamente en una historia de coordinaciones conductuales consensuales, y esto exige una convivencia constituida en la operacionalidad de la aceptación mutua, en un espacio de acciones que involucra constantemente coordinaciones conductuales consensuales en esa operacionalidad. (Maturana, 1990:22).

La cultura como una red de conversaciones

Con respecto al concepto de cultura, Maturana (1994) tiene la visión de que ésta constituye una red cerrada de conversaciones; y como tal es constitutivamente un sistema conservador cerrado, que genera a sus miembros en la medida en que éstos la realizan a través de su participación en las conversaciones que la constituyen y definen.

...hay culturas en las que a los hombres se les dice que no tienen nada que ver con el cuidado de los niños. Pero si uno observa lo que pasa con los hombres, uno puede ver que cuando se rompe la admonición cultural que les niega su participación en el cuidado de los niños, los machos humanos, se interesan por éstos y, preocupándose de ellos, cooperan con las hembras en su cuidado. Agreguemos que nada pasa en los sistemas vivos que su biología no permita y que tampoco la biología determina lo que sucede en el vivir, sino que sólo especifica lo que puede suceder. Por esto, si no hubiese en nosotros los machos humanos la posibilidad biológica de hacerlo, no tendríamos la disposición para cuidar a los niños y no disfrutaríamos cuidándolos. No se puede esperar que un gato macho adulto cuide de sus crías, éstas para él no existen o sólo existen marginalmente. Pero nosotros, los machos humanos, no tenemos ningún problema. (Maturana, 1991:250).

A pesar de la común extrañeza que despiertan los términos utilizados por Maturana para connotar construcciones de la cultura, tales como conversaciones y lenguajear, estoy cada día más convencida de su propiedad. Como ejemplo de conversación patriarcal describo la siguiente situación que presencié directamente, en boca de quién, a partir de los más humanistas y solidarios intereses, proponía su estrategia de reforma legislativa por etapas sucesivas. En dicha conversación se sostenía, en obvia imaginación fálica, que “no podemos desesperarnos, se trata de ir de a poco, comenzando por lo menos conflictivo, y cuando

ya le hayamos metido la punta, ahí nomás seguimos hasta adentro, ja ja ja". El falo en nuestra sociedad patriarcal se convierte en espada, en herramienta de batalla, conquista, cooptación y negación del otro. El fin justifica, aparentemente, los medios.

La cultura, como modo de vida de los humanos, permea todo nuestro quehacer, todos los espacios que hemos construido, y juega un rol fundamental en la comprensión de nuestros problemas y en la construcción de alternativas. Del paradigma cultural que vivimos no escapan ni remotamente los científicos. En este sentido, otra de las enseñanzas erradas que casi todos nosotros recibimos y creímos durante mucho tiempo, es la que sostiene que antes de la existencia del actual sistema de supremacía masculina que vivimos (patriarcado) existió uno inverso donde las mujeres dominaban a los hombres (matriarcado); con lo cual casi se justifica al patriarcado en tanto "revancha" masculina.

A esta conclusión falsa llegaron tanto antropólogos como arqueólogos al tratar de interpretar la evidencia arqueológica disponible,⁶ haciéndolo desde su forma de ver el mundo, que no era (y no es para la mayoría) otra que la de un mundo basado en la jerarquía, la apropiación, la exclusión, la dominación y el control que recrea la cultura patriarcal. Por eso, al descubrir evidencias de una cultura que exaltaba la naturaleza y la paz, y rendía culto a la antigua diosa portadora de la capacidad de gestar la vida, los científicos respectivos asumieron haber encontrado restos del matriarcado, y por las innumerables figurillas de arcilla de una diosa embarazada y/o con voluminosos pechos y sin rostro creyeron haber encontrado un juguete erótico del hombre primitivo. Iguales errores se cometieron con

⁶Ver Eisler, 1990.

la interpretación de representaciones de hojas y plantas a las que se atribuyó el título de puntas de flecha y otros artefactos de la guerra. Con gran naturalidad, cuando los científicos no encontraron evidencias de que en las culturas primigenias de nuestra especie existiese la supremacía masculina, concluyeron rápidamente que se trataba de un mundo opuesto: alguien debía dominar, y si no eran los hombres tenían que ser las mujeres. Por tanto a nuestra cultura de dominio masculino seguramente antecedió un régimen matriarcal. Dentro de nuestra vivencia de patriarcado, nos resulta muy difícil imaginar un mundo distinto, sin supremacías, dominios ni apropiaciones.

Más allá de las especificidades culturales que se recrean en función del tiempo y el espacio, para cada una de las subredes de conversaciones humanas, a continuación desarrollaremos dos grandes modelos culturales que ha construido la humanidad de acuerdo a los hallazgos de Marija Gimbutas, en la interpretación que sobre su trabajo realizan Riane Eisler (1990) y Humberto Maturana (1994).

La primera gran experiencia cultural que construyó la especie humana comienza en el inicio de ésta, hace más o menos cuatro millones de años atrás y se extiende hasta unos siete a cinco milenios atrás. Riane Eisler ha llamado a este modelo cultural *gilánico-solidario*, en tanto que Maturana se refiere a él como *cultura matrística*. Este modelo se caracteriza por el predominio de los valores y conversaciones de solidaridad, coinspiración, amor, cuidado mutuo, cooperación; por la veneración a una diosa amorosa, pródiga y fértil; y por la extensión del sentido de pertenencia al mundo natural. La relación entre hombres y mujeres es de respeto y equidad.

Luego se extendió la cultura que actualmente recreamos, y que sugió hace siete a cinco milenios. Riane Eisler ha llamado a este modelo cultural *androcrático-dominador* y Maturana se

refiere a él como *cultura patriarcal-pastora*. Esta sociedad se caracteriza por el predominio de las conversaciones de apropiación, de control, dominación; por la exaltación de la guerra, la agresión y la violencia; por la veneración de un dios intolerante y castigador; y por la extensión de la visión ya sea teocéntrica o antropocéntrica de la vida, donde la especie humana es elegida y superior. La mujer es controlada, dominada, apropiada y subordinada por los hombres.

La discusión sobre el origen de la apropiación nos lleva a un terreno sumamente importante tanto por su potencial explicativo como por su capacidad liberadora. Durante mucho tiempo se ha sostenido, particularmente en la tradición materialista histórica, que el origen de la propiedad privada y las clases sociales (con diferente absorción del excedente) se remonta al origen del excedente mismo, el que a su vez deriva de la revolución agrícola. Cuando las condiciones técnicas y materiales (productividad) del trabajo humano realizado por un conjunto social organizado como comunidad primitiva permitieron el paso de la recolección a la producción más allá de las necesidades inmediatas del grupo, se generó por vez primera el excedente económico que en primera instancia se guarda comunitariamente pero que de algún modo inexplicable empieza a ser codiciado por las castas sacerdotales y/o militares que habrían de gestar, para su conveniencia, el esclavismo (primera sociedad clasista). De acuerdo a esta tradición, el paso de existencia del excedente económico al acto de apropiación del mismo surge casi por generación espontánea, no median mayores elucubraciones ni constructos teóricos, por lo que implícitamente se colige que de alguna manera dentro de la "naturaleza humana" existe el impulso (egoísta) de apropiarse de lo otrora común para acceder a beneficios particulares. Dentro de la tradición materialista, el hecho de otorgar a los factores ideológicos y culturales un segundo plano en la explicación de la historia de la humanidad probablemente se produce por el paradigma científico dominante,

así como por la relativamente menor cantidad y calidad de información sobre nuestro pasado; más que a un dogmatismo exacerbado que no podemos imaginar en el genio de Marx.

Las teorías y hallazgos que ahora discutimos sugieren con firmeza que los pueblos matrísticos originales vivieron varios milenios de "bonanza" económica con excedentes tan voluminosos como para financiar el desarrollo de las artes y la cultura, y sin embargo sostuvieron el arreglo comunitario sin clases ni apropiaciones, ni dominaciones, ni violencia, ni sujeción, ni control, hasta que pueblos invasores patriarcales casi les exterminan. Así, la apropiación y la exclusión, y por tanto el mal-desarrollo, son fenómenos culturales que estimulan un determinado emocionar humano que no es constitutivo de nuestro linaje. La propiedad privada, la inequidad (de clase, género, etnia, etc.) son aberraciones culturales propias del patriarcado y se originan en la emoción de la apropiación. Nuestra biología permite que nos comportemos así, pero no lo determina; tenemos en nuestra configuración biológica la posibilidad de volver a nuestro origen amoroso si así realmente lo queremos.

De la cultura matrística a la cultura patriarcal

La sociedad matrística, más que evocaciones paradisiacas

En la visión de Riane Eisler, el modelo cultural original gilánico⁷-solidario, asociado al cáliz o a la matriz, se rendía culto a la diosa creadora de la vida, y la paz, la solidaridad, la nutrición, la creación, la gestación y la pertenencia con la naturaleza constituían los valores predominantes. Eisler (1990)

⁷Se refiere al balance de poder existente entre los dos géneros, la palabra gilánico, acuñada por Eisler (1990) conjuga las raíces de la palabra mujer (gyne) como de hombre (andros).

nos cuenta que la evidencia arqueológica re-interpretada minuciosamente por Marija Gimbutas y otras eminentes académicas sugiere que las relaciones entre ambas mitades de la humanidad eran armónicas (no paradisiacas), cooperativas, sin supremacías ni subordinaciones. Pero a pesar del culto a la diosa no existió en el origen de la sociedad humana la supremacía de las mujeres sobre los hombres o sobre otras mujeres:

...el hecho de que las mujeres desempeñaran un papel preponderante y vigoroso en la vida y religión prehistóricas, no significa que los hombres fueran vistos y tratados como inferiores. Ya que aquí, tanto los hombres como las mujeres eran hijos de la Diosa, de igual forma como eran hijos de las mujeres que encabezaban las familias y clanes. Y dado que esto, ciertamente, le dio bastante poder a las mujeres, homologando con la actual relación madre-hijo, parece haber sido un poder que se equiparaba más a la responsabilidad y al amor que a la opresión, los privilegios y el temor. (Eisler, 1990:31).

Las reminiscencias de esta época se pueden observar aún hoy en la idea del paraíso terrenal, la leyenda de la Atlántida y en el culto a la figura de las distintas vírgenes, modernas diosas subordinadas a un dios y por tanto coherentes en el tejido patriarcal.

Para Maturana, el concepto de sociedad matrística connota una situación cultural en la que la mujer tiene una presencia mística que implica la coherencia sistémica acogedora y liberadora de lo maternal fuera de lo autoritario y lo jerárquico. La palabra matrístico difiere sustancialmente de matriarcal (sociedad de jerarquía y dominación con supremacía de las mujeres). Con sociedad matrística nos referimos a

una cultura en la cual hombres y mujeres pueden participar de un modo de vida centrado en una cooperación no jerárquica, precisamente porque la figura femenina representa la conciencia

no jerárquica del mundo natural a que pertenecemos los seres humanos, en una relación de participación y confianza, no de control ni autoridad, y en la cual la vida cotidiana es vivida en una coherencia no jerárquica con todos los seres vivientes... (Maturana, 1994:19).

¿Pero cómo vivían su cotidianidad las sociedades que estamos interpretando? Los restos arqueológicos encontrados revelan que las culturas matrísticas europeas eran sociedades agricultoras y recolectoras que no fortificaban sus poblados, que no tenían jerarquías entre las tumbas de hombres y mujeres o entre hombres o entre mujeres. Lejos de la dinámica emocional de la apropiación, estos pueblos no pueden haber vivido en la competencia, pues las posesiones no eran elementos centrales de la existencia. Ya que la diosa constituía una abstracción de la armonía sistémica del vivir, la vida no puede haber estado centrada en la justificación racional de las acciones que implican la apropiación de la verdad (Maturana, 1994).

La cultura matrística europea prepatriarcal estaba centrada en el amor y en la estética (Maturana, 1994), "las conversaciones de dicha red tienen que haber sido conversaciones de participación, inclusión, colaboración, comprensión, acuerdo, respeto y coinspiración" (Maturana, 1994:27).

Así, en estas sociedades no existía aún la emoción de la apropiación, no existía la propiedad privada a otros, a pesar de que la productividad generaba los excedentes para que los pueblos matrísticos europeos vivieran las artes, la creación y el cuidado de los niños de manera que hoy podríamos calificar de "alta calidad de vida".

La herencia artística que nos dejaron estas antiguas comunidades —donde todos los aspectos de la vida se centraban en la adoración de la Diosa— sigue siendo desenterrada por la pala

arqueológica. Alrededor de 1974, cuando Gimbutas publicó por primera vez un compendio de hallazgos de sus propias excavaciones y de las de más de tres mil otros sitios, se habían descubierto no menos de treinta mil miniaturas de greda, mármol, hueso, cobre y oro, además de enormes cantidades de vasos rituales, altares, templos y pinturas tanto en los vasos como en los muros de los santuarios. (Eisler, 1990:16).

Lo que sí encontramos por doquier —en templos y casas, en pinturas murales, en la decoración de vasos, en esculturas, estatuillas de greda y bajorrelieves— es un rico despliegue de símbolos de la naturaleza. Estos, asociados con el culto de la Diosa, atestiguan el temor y admiración por la belleza y misterio de la vida. (Eisler, 1990:20).

El patriarcado: origen de la apropiación

De acuerdo a la evidencia científica reciente (Eisler, 1990; Maturana, 1994; en base a Gimbutas) hace cinco a siete milenios, ocurrió un verdadero vuelco en la evolución cultural de Occidente, cuando las sociedades gilánico-solidarias o matrísticas primigenias fueron absorbidas por una nueva cultura patriarcal, androcática⁸ y dominadora, impuesta por unos gerreros invasores que llegaron “desde los confines del mundo” imponiendo su modo de vida. A partir de este momento se hace hegemónico el modelo cultural androcático dominador, en el que rendimos culto a la guerra y a la espada, recreamos los valores de la conquista, el dominio, la fuerza, la agresividad, el castigo, la dominación, la competencia. Al vivir en este modelo cultural, adjudicamos una valoración diferencial a hombres y mujeres, establecemos rangos y jerarquías que resultan en el dominio

⁸El concepto androcático (Eisler, 1990) hace referencia al predominio masculino (andros, cracia).

del género masculino sobre el femenino, de la especie humana sobre el resto.

La historia de la génesis del patriarcado está relacionada con la emoción de la apropiación con que los humanos aprendimos a ser pastores y a excluir sistemáticamente a otros y otras de lo que nos apropiábamos. El patriarcado se impone en Europa como resultado de las invasiones indo-europeas que vienen del este; trayendo consigo una cultura de apropiación y violencia vivida por ellos desde el momento en que se transformaron en pastores.

La evidencia arqueológica muestra que la cultura matrística europea fue brutalmente destruida por unos invasores que llegaron desde los confines del mundo, que adoraban a un dios varón y rendían culto a la espada y la guerra (Eisler, 1990). Estos pastores indo-europeos que venían desde el este hace unos siete a seis milenios atrás (Maturana, 1994) transformaron la cultura europea hacia el patriarcado. Y esto ocurrió no porque esto fuese conveniente o mejor, sino porque el nuevo emocionar resultaba coherente con el correspondiente vivir, por lo que se conservó intergeneracionalmente, extendiéndose en el tiempo hasta nuestros días.

...pienso que en el origen de una nueva cultura, el nuevo emocionar surge como una variación ocasional y trivial en el emocionar cotidiano propio de la vieja cultura. Más aún, pienso que en este proceso la nueva cultura surge cuando la presencia del nuevo emocionar contribuye a la realización de las condiciones que hacen su ocurrencia posible en el vivir cotidiano. (Maturana, 1994:32).

Pero ¿quienes eran estos pueblos portadores de la espada, que llegaron desde los confines del mundo y por qué eran patriarcales? De acuerdo a Maturana (1994) los pueblos paleolíticos

matrísticos europeos no eran pastores porque no restringían el acceso de otros animales a las manadas de las que ellos se alimentaban “y propongo que ellos no hacían eso porque el emocionar de la apropiación no era parte de su vivir cotidiano” (Maturana, 1994:33). Fueron estos mismos pueblos que migraron hacia el Asia, siguiendo manadas de animales silvestres, los que eventualmente se convirtieron en pastores indo-europeos. Cuando surgió el emocionar de la apropiación comenzó la acción de negar a otras especies (como la del lobo, por ejemplo) su acceso natural a la manada proveedora de sustento, monopolizando el grupo humano el acceso al alimento para eventualmente convertirse en pastores. Para Maturana, el paso de recolector-cazador a pastor-apropiador surge no de un cambio en las fuerzas productivas ni de las herramientas, sino de un cambio en las emociones que se conservaron intergeneracionalmente.

El primer paso tiene que haber sido la operación inconsciente que constituye a la apropiación, esto es, el establecimiento de un borde operacional que negó al lobo el acceso a su alimento natural que eran los animales de la misma manada de la que vivía la familia que comenzó tal exclusión. La implementación de tal borde operacional tiene que haber llevado pronto o tarde a matar al lobo. El matar a un animal no era una cosa novedosa seguramente para nuestros ancestros. El cazador toma la vida del animal que se va a comer. Pero, tomar la vida de un animal que uno va a comer, y tomar la vida de un animal al que uno le restringe su acceso a su alimento natural, y hacer esto de manera sistemática, son acciones que surgen bajo emociones muy diferentes. En el primer caso, en el caso del cazador, el cazador o la cazadora realiza un acto sagrado, un acto propio de las coherencias del vivir en el que una vida es tomada para que otra vida pueda continuar. En el segundo caso, el que mata lo hace dirigiéndose directamente a tomar la vida del animal que mata, y esa matanza no es un caso en el cual una vida es tomada para que otra pueda continuar, sino que es el caso en el que una vida es tomada para conservar una posesión que

queda definida como posesión en ese mismo acto. Las emociones que constituyen a estos dos actos como acciones totalmente diferentes, son completamente opuestos. En el primer caso, el animal cazado es un ser sagrado que es muerto como parte de la armonía de la existencia; en este caso el cazador o la cazadora que toma la vida del animal cazado está agradecido. En el segundo caso, el animal cuya vida se toma es una amenaza para un orden artificial que la persona que se transforma en pastor crea en ese acto, y la persona que toma la vida del animal muerto en esas circunstancias, esta orgullosa. (Maturana, 1994:34-35).

De acuerdo al autor, la cultura del pastoreo se define por un empujón particular que es la apropiación, la cual se manifiesta en la restricción del acceso de otros comensales normales a una manada que a partir de ese momento pasa a ser un recurso apropiado por un determinado grupo humano. No existe significado de apropiación sin sus resultantes de exclusión. Aquello que es apropiado se constituye como tal en la imposibilitación artificial de su acceso a otros.

Aún más grave, el inicio de la apropiación se urde con la irrupción de la idea del enemigo en la vida cotidiana, ingrediente fundamental de la cultura patriarcal:

con el origen del pastoreo surgió el enemigo como aquel cuya vida la persona que se ha vuelto pastor quiere destruir para asegurar el nuevo orden que instala a través de ese acto que configura la defensa de algo que se transforma en posesión en ese mismo acto de defensa. (Maturana, 1994:35).

El pastoreo surge así cuando la apropiación se convierte en una práctica cotidiana que en el vivir se transmite y conserva transgeneracionalmente.

Más aún, yo sostengo que la adopción de este hábito en una familia tiene que haber involucrado, como un rasgo de ese mismo proceso, cambios adicionales en el emocionar que llevaron a incluir, junto con el emocionar de la apropiación, a otras emociones como la enemistad, la valorización de la procreación, así como la asociación de la sexualidad de las mujeres con ella, el control de la sexualidad de las mujeres como procreadoras por el patriarca, el control de la sexualidad del hombre por la mujer⁹ como posesión, y la valorización de las jerarquías y la obediencia, como características intrínsecas de la red de conversaciones que constituyó el modo de vida pastoral. (Maturana, 1994:35).

Fueron estos mismos pastores indo-europeos los que volvieron al origen para transformar de manera violenta la cultura matrística europea causando el vuelco histórico que desde entonces nos ha hecho vivir y recrear el patriarcado como algo que en la irreflexión parece natural y que a nivel consciente no hemos sabido como superar.

De estas importantes reflexiones, me surge una pregunta y dos hipótesis posibles. ¿Porqué, más allá del azar, surgió la emoción de la apropiación en estos pueblos transhumantes que comenzaron su migración viviendo matrísticamente, y por qué no surgió tal emocionar en la cultura matrística sedentaria que se quedó viviendo en Europa? Esta pregunta se relaciona con la vieja discusión sobre la calidad del "alma" humana, que maniqueísmo aparte, resulta razonable suponer que se mueve en un continuo de emociones que van desde el amor hasta el ex-

⁹Es interesante como Maturana nos hace reflexionar con respecto a los celos de las mujeres (esas inentendibles inseguridades propias de mujeres histéricas e irracionales) como un emocionar coherente con el patriarcado, donde las mujeres han sido al mismo tiempo apropiadas por el varón y despojadas de todo poder y valor; resultando casi natural que en la mujer surjan tendencias más o menos fuertes a patriarcalizarse, toda vez que la irreflexión la urge a obtener lo que le ha sido negado, negándose a su vez como sujeta de sí.

tremo opuesto de la negación sistemática del otro. Me parece que hay por lo menos dos factores que al combinarse pueden arrojar cierta luz sobre el origen del empuje de la apropiación y por tanto del patriarcado.

En primer lugar, parece que en virtud de nuestra vulnerabilidad biológica (en relación a otras especies), la especie humana es notablemente insegura y temerosa, pues nuestra capacidad de darnos cuenta nos permite intuir las probables consecuencias de nuestra fragilidad corporal. No en vano somos una de las especies que nacemos más "incompleta", requiriendo absolutamente del cuidado externo. Al natural desnudo, prescindiendo de cuevas, artefactos, tecnología en general, somos una de las especies más vulnerables ante amenazas diversas: casi no tenemos defensas naturales como garras, colmillos, pieles suficientemente fuertes, capacidad de mimetización, etc. Parece que desde siempre esta vulnerabilidad que en el fondo conocemos nos crea una gran angustia, y nos hace tremendamente inseguros. Otras especies, en su hábitat, lucen bastante más tranquilas y seguras, ya sea por inconsciencia, o por certezas basadas en fortalezas y aptitudes reales.

Lo anterior se traduce en un comportamiento compensatorio observable, por ejemplo, en la obsesión por poseer y acumular que actualmente exhibe la especie humana. Resulta interesante observar que un mayor grado de inseguridad, derivado de una existencia relativamente no reflexionada, a decir antiguo alienada, sin ejercicio de conciencia, resulta en consumismo ya sea a nivel de deseo o de realización, dependiendo de las posibilidades del individuo. No resulta arriesgado proponer, a partir de mi simple observación cotidiana, que las personas que yo podría catalogar como de mayor inseguridad, que desconocen quiénes son y cuál es su lugar en el universo, son aquellas que exhiben también las mayores ansias de posesión sobre cosas, *status*, reconocimiento externo, personas, etc. La inseguridad

humana por el ser se compensa en las acciones del tener, las que obviamente están precedidas por emociones de apropiación y control.

Por otro lado, parece que en el tránsito hacia la transhumancia, la pérdida del terruño conocido, el alejamiento real y simbólico de aquello que es familiar, del colectivo al que se pertenece, sobre todo cuando lo dejado fue y es significado como amoroso y acogedor, puede profundizar y agudizar el sentido de inseguridad. Quizá para estos proto-pastores la alimentación era más difícil, conseguir el sustento era más lento o trabajoso en esta cotidianidad migratoria que transcurría en el seguir manadas alimenticias. Propongo que la pérdida del referente territorial, el alejamiento de la comunidad-hogar, el distanciamiento con la red cerrada de conversaciones matrísticas, aumentaron notablemente la sensación de inseguridad de estos grupos humanos y abonaron el terreno para el surgimiento y reproducción de las emociones y acciones de apropiación, que comenzarían por el alimento, para extenderse posteriormente a todos los ámbitos organizacionales y vitales.

El emocionar patriarcal con el tiempo se hizo independiente del modo de vida pastoril, conservándose como cultura dominante hasta nuestros días, como una cultura que hace

de nuestra vida cotidiana un modo de coexistencia que valora la guerra, la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos, y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad. (Maturana, 1994:25).

A continuación se reproduce un interesante paralelo elaborado por Maturana (1994:46-47), el que puede servir como referente condensador de nuestras conversaciones pasadas y presentes:

CULTURA PATRIARCAL PASTORA. Conversaciones:

- de apropiación
- en las que la fertilidad surge como noción que valora la procreación en un proceso continuo de crecimiento
- en la que la sexualidad de las mujeres se asocia a la procreación y queda bajo el control del patriarca
- en las que se valora la procreación y se abomina cualquier noción o acción de control de la natalidad y de la regulación del crecimiento de la población
- en las que la guerra y la competencia surgen como modos naturales de convivencia y aún como valores y virtudes
- en las que lo místico se vive relacionado a la subordinación a una autoridad cósmica y trascendental, que requiere obediencia y sumisión
- en las que los dioses surgen como autoridades normativas arbitrarias que exigen total sumisión y obediencia
- en las que el pensamiento es lineal y se vive en la exigencia de sumisión a la autoridad en la negación de lo diferente
- en las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en la autoridad, la obediencia y el control
- en las que surge el vivir patriarcal de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural
- en las que no aparece una oposición intrínseca entre hombres y mujeres pero subordina la mujer al hombre desde la apropiación de la procreación como un valor

CULTURA MATRISTICA EUROPEA. Conversaciones:

- de participación
- en las que la fertilidad surge como visión de la abundancia armoniosa de todas las cosas vivas en una red coherente de procesos cíclicos de nacimiento y muerte
- en las que la sexualidad de las mujeres y los hombres surge como un acto asociado a la sensualidad y la ternura
- en las que se respeta la procreación y se aceptan acciones de control de la natalidad y regulación del crecimiento de la población
- en las que surgen la valorización de la cooperación y el compañerismo como modos naturales de convivencia
- en las que lo místico surge como participación consciente en la realización y conservación de la armonía de toda la existencia en el ciclo continuo y coherente de la vida y la muerte
- en las que las diosas surgen como relaciones de evocación de la generación y conservación de la armonía de toda la existencia en la legitimidad de todo lo que hay en ella, y no como autoridades o poderes
- en las que el pensamiento es sistémico y se vive en la invitación a la reflexión frente a lo diferente
- en las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en el acuerdo, la cooperación, y la coinspiración
- en las que surge el vivir matristico de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural
- en las que no aparecen una oposición entre hombres y mujeres, ni subordinación del uno al otro

De aberraciones patriarcales y reductos matrísticos contemporáneos

...somos animales dependientes del amor. El amor es la emoción central en la historia evolutiva humana desde su inicio, y toda ella se da como una historia en la que la conservación de un modo de vida en el que el amor, la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia, es una condición necesaria para el desarrollo físico, conductual, psíquico, social y espiritual normal del niño, así como para la conservación de la salud física, conductual, psíquica, social y espiritual del adulto. En un sentido estricto, los seres humanos nos originamos en el amor y somos dependientes de él. En la vida humana, la mayor parte del sufrimiento viene de la negación del amor: los seres humanos somos hijos del amor. (Maturana, 1990:23).

Pero si como especie somos hijos del amor, del cual dependemos integralmente, ¿cómo se explica entonces que nuestra especie se haya podido dar el lujo de vivir por varios milenios en la recreación de cultura patriarcal que niega nuestro mismo origen y alimento primordial? ¿Cómo hemos sobrevivido al maldesarrollo negador del otro?

La explicación de Maturana es que para sobrevivir en tanto especie dependiente del amor, dentro del vivir patriarcal tuvieron que conservarse determinados espacios matrísticos recreadores del amor, la ternura y la confianza total, que la mayoría de los humanos vivimos en la infancia.

...como seres humanos, somos seres culturales que podemos vivir en cualquier cultura que no niegue totalmente en su desarrollo inicial una relación madre-hijo de íntimo contacto corporal en mutua confianza total. La guerra, la agresión, la maldad, como maneras de vivir en la negación de los otros no son características de nuestra biología. Como animales [...]

somos, sin duda, biológicamente capaces de agresión, de odio, de rabia, o de cualquier emoción que la experiencia nos muestra que podemos vivir, y que constituye un dominio de acciones que conduce a la destrucción o negación de los otros, pero nosotros vivimos estos dominios de acciones ya sea como episodios transitorios, o como alienaciones culturales que sabemos nos distorsionan en nuestra condición humana y nos llevan a la locura o a la infelicidad. La agresión, la guerra, la maldad, no son parte de la manera de vivir que nos define como seres humanos y que nos dio origen como tales. (Maturana, 1994:63-64).

Todos los seres humanos actualmente participamos en la red de conversaciones que reproducen la cultura patriarcal. De ahí que tanto hombres como mujeres como niños y niñas aprendamos en nuestro entorno un emocionar y un accionar patriarcal, cada cual según su género. No obstante, las mujeres en general mantenemos una tradición matrística en nuestras relaciones mutuas y con nuestros hijos. Esto, desde luego, no significa que las mujeres no podamos ser patriarcales y que los hombres no puedan ser matrísticos (Maturana, 1994); lo que obviamente prueba que el patriarcado como red cerrada de conversaciones hace de todos nosotros potenciales patriarcas masculinos o femeninos que triunfamos en tanto somos capaces de apropiar, controlar, cooptar, violentar, excluir, luchar, conquistar, dominar, ser obedecidos. Al mismo tiempo, los reductos matrísticos que recreamos nos hacen recordar las huellas de otros tiempos más congruentes con nuestra biología y emocionar, y nos potencian en tanto personas que podemos optar por un emocionar y un accionar neomatrístico.

Aún dentro del patriarcado, los seres humanos encontramos espacios matrísticos, tales como la vivencia de la infancia con

la madre,¹⁰ en algunas relaciones de pareja, y ciertos espacios comunitarios. De otro modo, la persona humana privada de esa red de conversaciones fundadas en el amor, la dignidad del mutuo reconocimiento, respeto y confianza, enfermaría irremediablemente y nuestra especie no sería viable. Así, los reductos matrísticos que casi todos vivimos en nuestra infancia permiten que la especie humana sobreviva en la recreación de la cultura patriarcal que constituye una aberración de su esencia.

La pregunta obvia que corresponde hacer en este punto es ¿cómo cambiamos el mundo? ¿Cómo, si como siempre alegamos, existe ese enorme obstáculo de que aquellos a quien privilegia y beneficia el actual sistema *tienen el poder*? Sólo la extrema ingenuidad podría hacernos creer que dichas personas se dejarían arrebatar lo que han acumulado durante tanto tiempo, después de todo nunca se ha logrado articular la revolución ni con elecciones, ni con violencia, ni con consensos, ni por la razón ni la fuerza. Ni conquistando el poder para decretar el cambio desde arriba hacia abajo, ni desde abajo como grupos organizados que disienten y proponen algo distinto. Desde mi extrema candidez, me quedo con la idea de Maturana (1994), para quien la clave del cambio cultural y social, y por tanto la posibilidad del desarrollo de las personas humanas en tanto mejoras cualitativas en la experiencia vital, radica en el darse

¹⁰En este trabajo entendemos a la madre como una persona que realiza determinadas funciones consistentes en prodigar cuidado, amor, ternura, nutrición y enseñanzas al infante desde incluso antes de su nacimiento; y para la cual tanto hombres como mujeres estamos biológicamente, igualmente capacitados (Maturana, 1994). Frank Pittman, quien piensa que si los hombres criaran a sus hijos, en una o dos generaciones el mundo se salvaría, establece que

“Los que criamos a nuestros hijos o a los de otros padres [...] Sabemos que la crianza de los hijos es una de las experiencias primordiales de la vida, fuente de sabiduría y autoconocimiento, origen de muchas alegrías y muchos orgullos, el lazo más eterno con una mujer. Sabemos que ser padre puede convertirse en la expresión más completa de la masculinidad que hay en la vida.” (1993:7).

cuenta y en el querer cambiar nuestras emociones y acciones para recrear conversaciones neomatrísticas a partir de los espacios más íntimos y cotidianos. El cambio radica en que los hombres y mujeres decidamos sanarnos y salvar la vida de nuestros hijos y los de otros haciéndonos cargo de la maternidad y de su crianza con lo que al mismo tiempo generaremos relaciones de equidad y respeto a la legitimidad de los convivientes y otros en general. El amor se aprende en la casa, donde la recurrencia del contacto diario facilita el “ponerse en los zapatos del otro” y genera las cercanías físicas y emocionales que nos hacen aceptar al otro como un legítimo otro en la convivencia.

La cuestión del poder revisitada

Como cientista social y persona muchas veces me he preguntado sobre el sentido de algunas situaciones que considero desde mi racionalidad como desarticulaciones obstructoras y desde mi emocionar como burdamente asqueantes. Tal es el caso del líder sempiterno que habría de comandar el proceso de cambio social con el que aún soñamos, y que en su inteligencia articulaba un discurso maravilloso y seductor que nos enseñaba a amar al prójimo y entregarnos a la causa para transformar la sociedad, las instituciones, los libros, lo público; y que al mismo tiempo recreaba sistemáticamente deseos y acciones de exclusión, apropiación, aniquilación, conquista, volteo de tortilla, violencia, luchas y victorias.

Estas contradicciones no sólo se producían al (des)calificar a un contrincante o enemigo “público”, al criticar o expulsar a un (ex)comprometido correligionario, al fantasear sobre el futuro y las acciones de pugilato y purgatorio que vendrían para “limpiar” del olor de los otros a la nueva sociedad; sino que también saltaban a la vista de quien como yo quisiera ver, en el ámbito más íntimo de la amistad, la pareja o los hijos.

La historia de convertirnos en feministas comienza de manera muy similar cuando las mujeres no queremos seguir siendo parte de orgánicas ni colectivos cuyos líderes y básicos, esperan obediencia, desean controlar y compartimentalizar, ejercen violencia y se apropian de una o más mujeres, de los hijos, y de otros hombres. En particular, el descubrimiento de que uno de nuestros humanos líderes golpeaba a su compañera fue suficiente para que varias de nosotras repudiásemos la izquierda machista leninista (como comenzamos a llamarle) y comenzáramos a soñar con movimientos más coherentes.

Hoy entiendo que conservadores y progresistas formamos parte de la red de conversaciones patriarcales, y que muchas veces somos capaces de utilizar desde el statu quo hasta las corrientes más vanguardistas como modos de hacer lo que en verdad queremos. La diferencia, el cambio, no lo hacen las grandes y públicas causas sino las personas. Existen personas amorosas, apoyadoras y solidarias, así como existen hombres y mujeres patriarcales, dominadores, supresores, apropiadores, en todos los grupos humanos, en todas las organizaciones, en todos los reductos ideológico-rationales. El partido, el credo, el discurso, el grupo, el origen, el referente, la historia, no son garantías de coherencia o verdad. Las acciones, desatadas por el empujón humano, son las que pueden indicarnos la ética en que la persona se mueve, así como el grado de coherencia/cooptación entre lo que se dice ser y lo que se es.

En este contexto, volviendo al tema del poder, es innegable que el vivir patriarcal genera la relación jerárquica y excluyente en tanto ejercicio del poder negador del otro; aunque no comparto la idea de que éste se impone de manera unilateral, monolítica y autocontenida sobre el otro.

Más bien, las relaciones jerárquicas

...se fundan en la negación mutua implícita, en la exigencia de obediencia y entrega de poder que traen consigo. El poder surge con la obediencia y la obediencia constituye el poder como relaciones de mutua negación. [...] Corrientemente hablamos como si el poder lo tuviese el otro, y en verdad no es así. [...] El poder no es algo que uno y otro tiene, es una relación en la que se concede algo a alguien a través de la obediencia, y la obediencia se constituye cuando uno hace algo que no quiere hacer cumpliendo una petición. El que obedece se niega a sí mismo, porque por salvar y obtener algo hace lo que no quiere a petición del otro. El que obedece actúa con enojo, y el enojo niega al otro porque lo rechaza y no lo acepta como un legítimo otro en la convivencia. [...] Pero, el que manda también niega al otro y se niega a sí mismo al no encontrarse con el otro como un legítimo otro en la convivencia. Se niega a sí mismo porque justifica la legitimidad de la obediencia del otro en su sobrevaloración, y niega al otro porque justifica la legitimidad de la obediencia en la inferioridad del otro. (Maturana, 1990:64).

Aún hoy, al observar las acciones de los liderazgos tradicionales insertos en el sistema de partidos políticos representativos (que se autodenominan redentores de todo mal) no puedo sino sentir, junto a tantos otros, sobrecogimiento y temor de que en algún momento llegarán a "posiciones de poder" (excluyente o concertacional). Se trata, en el fondo, de modernos patriarcas ávidos de tener y excluir, con una muy buena prensa y un discurso seductor que contiene lo que requieren los tiempos, por lo que no debe extrañarnos que una vez instalados en la cúspide, se descuide un poco la imagen y queden expuestas las garras tanto a diestra como a siniestra.

Hasta hace algún tiempo pensaba que mi rebeldía y mi mal escondida sensibilidad, que me han impulsado siempre a rebe-

larme ante lo que considero injusto, inhumano, negador del otro; se debían a mi incapacidad de crecer y madurar. Confieso que a mí todavía me revuelve el estómago el “legítimo” ejercicio del poder formalmente democrático, partidista u organizacional, casi tanto como me lo revuelve una dictadura férrea, será porque biología aparte, ambas se parecen tanto. Quisiera que la tierra me tragara cada vez que presencio o recibo un abuso físico o verbal en el trabajo, en la calle, en la TV. Se me parte el corazón cada vez que oigo de matanzas, guerras, exterminio, peleas conyugales, o “crímenes pasionales”. La reflexión que ahora comparto me ha proporcionado bastante paz en el entendimiento de que rechazar visceralmente cualquier muestra de apropiación, autoridad, sujeción, control y exclusión constituye una reacción de lo más natural, ya que el emocionar y las conversaciones patriarcales no son constituyentes de nuestra biología, ni de la historia que hizo posible nuestro proyecto de humanidad. El patriarcado como cultura humana es aberrante, por lo que inevitablemente generará dolores, desarreglos, desencuentros, y revolturas de estómago a quienes de él disentimos.

Afortunadamente, como nada es puramente negro o blanco, a pesar de cinco a siete milenios de patriarcado, aún subsisten rasgos fundamentales de la sociedad matrística primigenia.

Más aún, este modo de vida aún se conserva en nosotros. En efecto, aún somos animales recolectores, y esto es evidente tanto en lo bien que lo pasamos en los supermercados como en nuestra dependencia vital de la agricultura; aún somos animales compartidores, y esto es evidente en el niño que se saca la comida de la boca para darla a la mamá, y en lo que nos pasa cuando alguien nos pide una limosna; aún somos animales que viven en la coordinación consensual de acciones, y esto lo vemos en la facilidad con que estamos dispuestos a participar en actividades cooperativas cuando no tenemos un *argumento racional* para negarnos; aún somos animales en los que los machos participan en el cuidado de las crías, cosa que vemos

en la disposición de los hombres para cuidar de los niños cuando no tienen argumentos racionales para desvalorizar tal actividad; aún somos animales que vivimos en grupos pequeños, lo que es aparente en nuestro sentido de pertenencia familiar; aún somos animales sensuales que vivimos espontáneamente en el tocarse y acariciarse, cuando no pertenecemos a una cultura que niega la legitimidad del contacto corporal; y por último, aún somos animales que vivimos la sensualidad en el encuentro personalizado con el otro, lo que es aparente en nuestra queja cuando esto no ocurre. (Maturana, 1990:22-23).

Aún somos seres veneradores de la diosa-madre, amorosa y pródiga, lo que se puede observar en la existencia del culto a la Virgen María (del Carmen, de la Altagracia), reminiscencia moderna de la antigua religión.

Darse cuenta y cambio cultural

A menudo se sostiene que una mujer que es golpeada por su pareja es responsable de esta violencia por no irse o ponerle término. Hay muchas personas que incluso sienten rabia de que estas mujeres no reaccionen como es debido y en su frustración las descalifican otorgándoles adjetivos varios que frecuentemente connotan reducidas capacidades mentales.

Pero en dicho caso, la mujer probablemente vive su vida como si los golpes, el abuso, el control y la exclusión fuesen naturales. Después de todo su situación es coherente con el resto de las cosas: los animales se acorralan para que no escapen, la propiedad es privada, la sexualidad de las mujeres es controlada por los hombres, los niños y las niñas deben ser enseñados a obedecer, Dios varón, es también jefe, requiere obediencia y castiga a los que disienten. Desde la vivencia cotidiana e irreflexiva no hay motivación para la resistencia o el cambio, hasta

el momento en que la persona, por cualquier motivo, reflexiona sobre su situación.

Yo creo que una persona no es responsable de una situación que nosotros consideramos abusiva o intolerable en la medida que dicha persona vive tal situación como algo que si bien es doloroso, resulta también común, natural, normal, incuestionable. El hecho de que la persona *se dé cuenta* de que algo no está bien porque la violencia o la discriminación le niega en tanto persona (o niega a otros) supone un proceso de amplia reflexión donde se establecen relaciones y se transparentan las consecuencias de las opciones sobre el bienestar de uno, de los otros, y del entorno. Darnos cuenta significa también hacernos cargo, activa o pasivamente, en la conservación de un modo de actuar/vivir, o de su cambio.

Si somos responsables, cuando a pesar de darnos cuenta, nos quedamos en una situación supuestamente indeseada porque en el fondo nuestra emoción es querer la situación, por ella misma o porque queremos sus consecuencias, a pesar de que racionalmente declaremos no querer más. Darnos cuenta potencia el cambio al dejarnos elegir si queremos o no queremos determinada situación. El que de ahí continuemos o cambiemos nuestro emocionar depende enteramente de nosotros.

Querer es poder

...somos responsables en el momento en que nos damos cuenta, en nuestra reflexión, de las consecuencias de nuestras acciones y de si queremos o no queremos esas consecuencias, y si actuamos de acuerdo a ese querer o no querer y [...] somos libres en el momento en que nos damos cuenta —en nuestras reflexiones sobre nuestro quehacer— de si queremos o no queremos nuestro querer o no querer las consecuencias de nuestras ac-

ciones, y desde allí actuamos de acuerdo a nuestro querer o no querer nuestro querer. [...] tal vez lo más iluminador de estas reflexiones sobre las relaciones entre la emoción y la razón, esté en el darse cuenta de que la comprensión racional de lo más fundamental del vivir humano, que está en la responsabilidad y la libertad, surge desde la reflexión sobre el emocionar que nos muestra el fundamento no racional de lo racional. (Maturana 1991:243-244).

En referencia al cambio cultural, Maturana (1994) establece que una cultura surge cuando una comunidad humana comienza a conservar intergeneracionalmente una red particular de conversaciones como modo de vida, y desaparece o cambia cuando tal red de conversaciones deja de ser conservada.

El patriarcado surgió como un cambio en la configuración de deseos que definían nuestro modo de coexistencia en el medio de un vivir matrístico, y sólo un nuevo cambio en la configuración de nuestros deseos en nuestra coexistencia puede llevarnos a un cambio que nos saque del patriarcado. Y este cambio podrá pasarnos ahora sólo si queremos que nos pase. (Maturana, 1994:52).

Con respecto a la manera en que ocurre el cambio cultural, el autor establece que

la conservación del nuevo emocionar debe ocurrir a través de los niños de la comunidad, de modo que el cómo vivimos con nuestros niños es a la vez tanto la fuente y el fundamento del cambio cultural, como el mecanismo que asegura la conservación de la cultura que se vive. [...] El patriarcado es un modo de vivir, un espacio psíquico. Si queremos recuperar la igualdad colaborativa de la relación hombre-mujer de la vida matrística, tenemos que generar un espacio psíquico neomatrístico en el que hombres y mujeres surjan como iguales colaboradores en el vivir de hecho, sin esfuerzo, como simple resultado de su

crecimiento como niños en ese espacio psíquico en que las diferencias de sexo son sólo diferencias de sexo. Para que esto ocurra, debemos vivir como hombres y mujeres que viven como colaboradores iguales a través de una coinspiración en la que hombres y mujeres, mujeres y hombres, coparticipan en la creación de una convivencia mutuamente acogedora y liberadora que se prolonga desde la infancia a la vida adulta. (Maturana, 1994:16-17).

A pesar de que en general la madre conserva el vivir matrístico en la relación con su hijo, el espacio de la infancia es vivido en nuestra modernidad como estorbo en nuestra realización personal en el proceso de obtención de los medios de subsistencia, o vemos a nuestros hijos como semihumanos no sujetos en tanto proyectos de ser futuro. En el mejor de los casos, utilizamos la figura infantil como supuesto destinatario de nuestra causa de cambio, justificando de paso nuestro poco tiempo y energía de estar con ellos. Si bien es cierto que los niños nos demandan una muy alta cuota de energía y que viven a su propio ritmo (que desde el mundo de la modernidad es muy lento), debemos reconocer también que nuestra intolerancia y proclividad a instrumentalizarlos y/o abusar de nuestra posición de poder crecen en función directa con nuestro nivel de patriarcalidad.

En nuestro proceso de convertirnos en adultos, hemos olvidado la clave del vivir en amor y juego, en una relación de confianza total sin presiones, demandas ni exigencias, ya no sabemos lo que es vivir la alegría de cada momento sin preguntarnos para qué sirve o cómo afecta nuestra productividad. En nuestra relación con los niños, reproducimos las conversaciones patriarcales que hablan de control, exigencia, demanda de obediencia, de velocidad, de preparación para la competencia, de seriedad, de oportunismo; negando la legitimidad de la niña o el niño negando por tanto el amor que necesitan para su bienestar y

su desarrollo; tratando inútilmente de compensarlos, atenderlos y sanarlos obsequiándole objetos y artefactos. Al mismo tiempo, nuestros niños presencian los desencuentros de los adultos convivientes en el más o menos recurrente fluir de estrés, demandas, reproches, confrontación, irrespeto, violencia y desamor; donde las mujeres son desvalorizadas en su emocioar matrístico y los hombres son valorados en su racionalidad, fuerza y competencia. Este es el origen de lo que hemos llamado desórdenes conductuales, disfunciones varias, enfermedades psicósomáticas, inseguridad, maldesarrollo, patriarcado. Son todas consecuencias del desamor efectivo con que los adultos criamos a nuestros niños.

No es entonces coincidencia que la inmensa mayoría de las pocas personas medianamente sanas y amorosas que al menos yo conozco, provengan de hogares donde se amaba y jugaba con los niños, y donde la figura de un patriarca estaba ausente, por no existir padre o ser éste un hombre también amoroso y solidario. Las personas que se crían en este fluir de conversaciones devienen en adultos respetuosos, con alta autoestima, capaces de amar y cuidar de otros, de comprometerse y ser responsables. Pero las personas que quieran hacerlo también pueden cambiar su vida (y su mundo) a partir de una decisión al mismo tiempo racional y emocional para recrear conscientemente una cultura matrística.

El cambio social y cultural, y por tanto lo que entendemos por desarrollo humano, empieza en la más profunda intimidad reflexiva de la persona (aunque ésta pueda ser acompañada en su reflexión por otros). El definir el estilo de desarrollo pasa por ser capaces de optar, crear y construir, lo que no se logra en la inconsciencia, sino a partir del darse cuenta de lo que queremos como personas particulares y como especie. Desde este momento, surge la potencialidad de articular el emocioar y las acciones de dicha persona en su relación cotidiana con

sus convivientes, sus colegas, sus vecinos, su medio ambiente, en pequeños espacios. Esta reedición de la vieja noción de predicar con los hechos y no con palabras nos refiere también a la más nueva noción de educar viviendo, en la recreación cotidiana del amor y del juego:

El educar se constituye en el proceso en el cual el niño o el adulto convive con otro y al convivir con el otro se transforma espontáneamente, de manera que su modo de vivir se hace progresivamente más congruente con el del otro en el espacio de la convivencia. El educar ocurre, por lo tanto, todo el tiempo; de manera recíproca, como una transformación estructural contingente a una historia en el convivir en el que resulta que las personas aprenden a vivir de una manera que se configura según el convivir de la comunidad en donde viven. (Maturana, 1990:26).

Las conversaciones patriarcales o neomatrísticas se conservarán intergeneracionalmente

cada vez que una configuración en el emocionar, y, por lo tanto, una nueva configuración en el actuar, comienza a ser parte de la manera corriente de incorporación cultural de los niños de esa comunidad, y estos la aprenden al vivirla. (Maturana, 1994:32).

Una vida neomatrística

La intención de estas líneas es apenas una invitación a explorar las posibilidades y consecuencias que trae consigo la vivencia de un nuevo emocionar neomatrístico desde la intimidad propia y los más pequeños espacios humanos. Nuestra oportunidad de supervivencia y desarrollo como especie depende de la extensión y conservación de estas nuevas redes de conversaciones a lo ancho de la geografía y a lo largo del tiempo.

Como diría Maturana, si queremos ser amorosos, solidarios, coherentes, lo seremos,

si queremos democracia, tendremos democracia y tendremos racionalidad democrática. Pero nunca la tendremos si no la queremos y no hacemos las conversaciones que la constituyen como un dominio de coordinaciones de acciones y emociones que funda la racionalidad que la justifica. (Maturana, 1990:89).

El cambio en nuestro modo de vivir y emocionar yo lo visualizo como un fluir de emociones y acciones más coherentes con la calidad de la vida caracterizada por a) un referente ético que nos permite juzgar permanentemente nuestras opciones en función de las consecuencias que implica dicha opción en nosotros y los otros, b) la realización de la emoción del amor en tanto dominio que hace del otro un legítimo otro en la convivencia y c) en el hacernos cargo de las articulaciones que tenemos pendientes y que son causa de infelicidad, enfermedad y mal-desarrollo, a saber entre nuestra corporalidad, conciencia, emociones y espíritu; entre el vivir en intimidad y en el espacio público; entre lo que queremos y lo que decimos querer; y entre lo que decimos y verdaderamente hacemos.

Articulé los sentires y pensares recogidos en este artículo a sabiendas de que no surtirá demasiado efecto en relación a la educación tradicional (de ósmosis racionalista), dándome cuenta de que

...los discursos racionales, por impecables y perfectos que sean, son completamente inefectivos para convencer a otro si el que habla y el que escucha lo hacen desde emociones distintas. Y esto es así, porque al dominio racional en que nos movemos en cada instante, lo constituye como un dominio de coherencias operacionales la aceptación de las premisas fundamentales que lo definen en un acto emocional. Las premisas fundamentales que

constituyen un dominio racional las aceptamos a priori, porque queremos hacerlo, porque nos gustan. (Maturana, 1990:89).

Reflexioné estas ideas porque realmente quise hacerlo, no para convencer ni probar rigurosamente ninguna tesis, y debo reconocer que lo he disfrutado plenamente.

Bibliografía citada

Eisler, Riane. 1990. *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*. Cuatro Vientos, Santiago de Chile.

Maturana Romecín, Humberto. 1990. *Emociones y lenguaje en educación y política*. Hachette-Ced, Santiago de Chile.

———. 1991. *El sentido de lo humano*. Dolmen Ediciones, Santiago de Chile.

Maturana Romecín, Humberto y Gerda Verden-Zöllner. 1994. *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Instituto de Terapia Cognitiva (segunda edición), Santiago de Chile.

Pittman, Frank. 1993. "El miedo a ser padre", *Uno Mismo*, n.º 45, septiembre 1993. Santiago de Chile.

Quiroga Martínez, Rayén. 1993. "Nuevos y viejos estilos de desarrollo humano: procesos y nuevos desafíos", *El corazón del Arcoíris*. Luis Weinstein, Jorge Osorio, Editores. CEAAL, Santiago de Chile.

Shiva, Vandana. 1991. *Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia*. Instituto del Tercer Mundo, Uruguay.

Sunkel, Osvaldo, ed. 1991. *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

GUÍA PARA EL SOMETIMIENTO DE ARTICULOS

Todo trabajo de producción teórica desde una perspectiva de género podrá ser sometido para publicación en Género y Sociedad. Una vez establecido el enfoque de género de los artículos sometidos, éstos serán remitidos para su lectura a especialistas en el área temática de los mismos con el objetivo de que sean hechas recomendaciones para su publicación.

Las/os autoras/es cuyos artículos sean publicados recibirán una copia de la revista y dos separatas.

Requisitos:

- Los artículos estarán titulados y precedidos de un resumen de un *máximo* de setenta y cinco palabras.
- Aquellos artículos que sean el resultado de trabajos de investigación, ponencias presentadas en congresos, seminarios, conferencias, ruedas de prensa, entrevistas, etc. deberán contener un párrafo que así lo indique. Los artículos, además, deberán incluir una nota que identifique a la/al autora/autor ya sea según área de formación, ejercicio profesional, profesión, filiación a institución o academia u otra designación.
- Las notas aparecerán a pie de página.
- Las tablas y gráficas, cuando existan, serán colocadas al final del artículo debidamente numeradas y tituladas.
- Los títulos, subtítulos (de primer, segundo nivel), secciones, etc., al igual que las citas, estarán claramente señalados en el texto.
- En el texto se dará el crédito a las/os autoras/es, indicando entre paréntesis: apellido, fecha de publicación de la obra y número(s) de página(s) cuando esto último sea necesario. Ejemplo: (Duarte, 1989: 12).
- La bibliografía incluirá *únicamente* los/as autores/as citados/as en el texto, será colocada al final del artículo y seguirá el siguiente formato:

Libros: apellido(s), nombre(s), año, título en *itálicas*, editora, lugar.

Artículos: apellido(s), nombre(s), año, título entre comillas, título de la fuente donde aparece en itálicas, volumen, número, editora, lugar.

Recomendaciones:

- Los artículos deben ser entregados en una unidad de disco, procesados en WordPerfect e impresos (una copia).
- Los artículos deben constar de un mínimo de cinco y un máximo de cuarenta páginas 8½ x 11 a doble espacio.
- Los trabajos sometidos deben ser inéditos.